

Fábulas de La Fontaine

Ilustradas por
Marc Boutavant



ANAYA

Fábulas de La Fontaine

Ilustradas por
Marc Boutavant



ANAYA

Índice

La cigarra y la hormiga	4
La liebre y la tortuga	6
La rata de ciudad y la rata de campo	8
El cuervo y el zorro	10
El roble y el junco	12
El zorro y las uvas	14
La rana que quiso ser tan grande como un buey	15
El león y el mosquito	16
El lobo y el cordero	18
El zorro y la cigüeña	20
El lobo y el perro	22
El león y el ratón	26
El gallo y el zorro	28
El lobo y la cigüeña	30
El león envejecido	32
El lobo que se hizo pastor	34
La comadreja que entró en un granero	36
Las ranas que pidieron un rey	38
El león que se fue a la guerra	40
El zorro y el chivo	42
El lobo, la cabra y el cabrito	44
El arrendajo engalanado con plumas de pavo real	46
El zorro que tenía la cola cortada	48
La jarra de barro y la jarra de hierro	50
La tortuga y los dos patos	52

El camello y los palos flotantes	54
La gallina de los huevos de oro	55
El ciervo que se veía reflejado en el agua	56
La lechera y el cántaro de leche	58
El pececillo y el pescador	60
La garza real	62
El caballo y el burro	64
El zorro, el lobo y el caballo	66
El gato, la comadreja y el conejo	69



La cigarra y la hormiga

La cigarra, que el verano entero
había estado cantando desde el sendero,
se encontró sin alimento tierno
en cuanto llegó el invierno.
Vio que no tenía a mano
ni una sola mosca ni un solo gusano.
Fue entonces como una mendiga
a ver a su vecina, la hormiga,
a rogarle que le prestase
comida con la que aguantase
hasta la llegada de la primavera.
«Te lo devolveré, compañera,
antes de agosto; te lo prometo.
Con intereses, todo completo».
La hormiga no mostró generosidad,
pues no tenía la culpa de su necesidad.
«¿Qué has estado haciendo esta temporada?»,
le preguntó a la cigarra aprovechada.
«Día y noche, sin parar,
he estado cantando, para tu información».
«¿Has estado cantando? ¡Qué emoción!
Pues ahora te toca bailar».



La liebre y la tortuga



No es la velocidad, sino la constancia, con lo que se gana la carrera: en el bosque hay dos criaturas que lo pueden demostrar.

La tortuga apuesta, con arrogancia, que a la meta llega la primera.

La liebre responde, segura: «La carrera voy a ganar».

Continúa la rauda liebre:

«Amiga, has de tener fiebre para hacerme esta propuesta».

«Febрил o no, mantengo la apuesta».

Así hicieron, y las dos dejaron
junto a la meta lo que se apostaron;
no nos importa lo que era
ni quién ejerció de juez.
La liebre emprende su muy breve carrera
y en cuatro zancadas, gracias a su rapidez,
deja atrás a los perros, que la pierden de vista
y no pueden seguirle la pista.
Como tiene tiempo de sobra para pastar,
para dormir y para escuchar
el sonido del viento, deja a su rival
ir a paso muy lento.
Con esfuerzo parte el animal
de pausado movimiento.
La liebre desprecia semejante victoria
y deja el reto a pocos pasos de la gloria,
pues cree que le dará más reconocimiento
y hará historia. La liebre pace y reposa,
se entretiene con otras cosas
y el tiempo desaprovecha. Cuando se da cuenta
de que su rival, lentamente, está acabando la carrera,
parte como una flecha, pero, aunque lo intenta,
es en vano: su oponente ha llegado la primera.
Grita la tortuga: «¡He ganado la apuesta!
¿De qué te ha servido la velocidad
si te he derrotado sin dificultad?
Y eso que tú no llevas la casa a costas».